

A. D. BELL

La encuadernadora
de Oxford

Traducción de Víctor Manuel García de Isusi



Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Para aquellos a los que les gusta perderse en un buen libro

1.

Oxford, 1901.

El frío era feroz en el taller de encuadernación. El de finales de octubre, un frío tan metido en las piedras que ni el fuego más voluntarioso conseguía convencerlas de que se calentasen. Tenía los dedos ateridos. Me recosté y admiré el volumen de poesía de Samuel Rogers acabado. El comprador había querido convertir el verde apagado de la encuadernación en un generoso regalo para el padre de la chica con la que aspiraba a casarse, un reconocido bibliófilo. Pasé el dedo por las bandas elevadas de cuero marroquí teñido de azul oscuro del lomo, grabado con dorados y con flores rojas incrustadas, un diseño inspirado por uno de los primeros trabajos de Sarah Prideaux, una encuadernadora que admiraba.

–Debería irse a casa, señorita Delaney.

Era la voz del señor Caxton, que me llegaba desde la otra punta del taller.

Llevaba tres años siendo aprendiz del señor John Caxton, un apreciado encuadernador de la calle San Giles, en Oxford. El hombre no tenía relación con el famoso impresor, pero era un nombre del que, aun así, se valía a modo de credencial.

–Me iré cuando usted se vaya –le respondí, levanté la vista y vi su cara brillante y redonda a la luz de la lámpara.

El hombre era bajito, poca cosa, y estaba encorvado. No se podía decir que no aparentara los sesenta años que tenía.

Éramos dos islas de luz amarilla en una extensión oscura. El ta-

ller de encuadernación no era grande, pero por las noches daba la impresión de que lo fuera. Las paredes estaban cubiertas de libros en diferentes etapas de desnudez, de interminables cajones llenos de telas, vitelas, cueros y papeles de diferente grano, grosor y tonalidades, de guardas marmoladas o pintadas, de hojas de oro, prensas, bloques y marcos de costura. Había tantísimas herramientas que se necesitaría una vida entera para utilizarlas todas; herramientas tan específicas que solo en trabajar el lomo llegaban a utilizarse una decena. Había cajones con punzones, cuchillos, cuchillas, plegaderas de hueso, reglas y pinzas de latón y bandejas de agujas –curvadas y rectas–, tijeras y martillos. Junto a la puerta de atrás había sacos de cola seca lista para mezclarla y aplicarla con pinceles de cerdas largas.

Aquello era una cueva de Aladino llena de riquezas y caos y era mi cometido, un cometido para nada envidiable, mantenerla en orden, encontrar sitio para la nueva decena de punzones con los que llegaba el señor Caxton cualquier mañana o encargarme del nuevo pedido de cuero de cabra que se le había olvidado decirme que no tardaría en llegar.

El señor Caxton era un hombre de gesto agradable, paciente y bastante divertido. Se acercó a mi mesa y observó mi labor por detrás de las gafas con aquellos ojillos que tenía. Cogió el fino volumen, lo levantó y le dio la vuelta, abrió las cubiertas para ver cómo quedaba.

–¿Sin doublure? –me preguntó mientras inspeccionaba el interior de las cubiertas, donde me había limitado a pegar papel marmolado en vez de tela de grano marroquí a juego.

–No ha pagado suficiente.

El señor Caxton no dijo nada. Se acercó el libro al oído y lo hojeó para ver si escuchaba algún error.

–Ha encuadernado usted el libro al revés, señorita Delaney –me dijo al tiempo que me lo devolvía.

Me quedé boquiabierta. ¡No era posible! Cogí el libro con la sensación de que estaba a punto de embargarme el pánico y lo abrí de golpe.

Entonces oí cómo el señor Caxton se echaba a reír. Para tener sesenta años, el hombre reía como un crío.

Levanté la vista y me quedé mirándolo. Me dolían los ojos por el esfuerzo realizado a lo largo de todo el día.

–Es usted un malísimo profesor.

–¡Y usted es una aprendiz sin sentido del humor! –Y siguió partiéndose de risa hasta que llegó a su mesa.

–Usted gana, me voy a casa –comenté, incapaz de seguir mirando un solo instante más el Rogers.

Envolví el libro en una tela limpia y lo guardé en el armario que había detrás de mi mesa de trabajo. Por la mañana enviaría una nota al comprador para que viniera a recogerlo. A pesar de haber sido yo quien había hecho todo el trabajo, el nombre del señor Caxton acompañaría la encuadernación y el pago lo recibiría él, un pago del que yo vería apenas un cuarto. Me dolía cuando veía cambiar de manos los billetes y que tan pocos acabaran en mi mano, pero era el precio que debía pagar para que me enseñara el oficio; para poder decir que había aprendido con John Caxton, ¡que en su día había encuadernado libros para la biblioteca personal de la mismísima reina!

Me envolví en mi capa y me puse los guantes. ¡Qué calorcito tan agradable produjo de inmediato la lana en mis manos, que me dolían por el frío!

–Buenas noches, señor Caxton –le dije cuando pasé por su lado.

–La encuadernación es preciosa –me dijo él mientras esbozaba una sonrisa–. Voy a escribir a Frank Karlake para hablarle de usted.

Frank Karlake era el fundador del Gremio de Mujeres Encuadernadoras, un gremio que se había establecido hacía tres años. En su día les había escrito varias veces pidiendo unirme a ellas, pero nadie había respondido a mis cartas. La recomendación del señor Caxton me abriría una puerta que consideraba cerrada. Sentí una especie de calor que me subía por todo el cuerpo. Sería un sueño hecho realidad.

–Le diré que es usted torpe y que, aparte de para coser, para poco más tiene talento.

–Pues la verdad.

–Yo nunca miento. Buenas noches, señorita Delaney.

Salí a la fría noche a paso ligero. ¡Qué alegría me producía que me apasionara mi trabajo! A mi padre también le apasionaba el suyo, aunque puede que más de lo que debería. No obstante, de aprendiz, con veinticinco años y soltera, no ganaba lo suficiente como para sentirme lo cómoda que me gustaría ni para gozar de la libertad que ansiaba. Aún dormía en la habitación de cuando era niña, sobre Libros Antiguos Delaney –la librería de mi padre–, en la calle Victor, y cuando no estaba encuadernando libros, estaba catalogándolos o vendiéndolos.

De niña, los libros raros y mohosos habían sido los lindes de mi día a día, al que daban forma y sentido. En la librería de mi padre había libros más viejos de lo que una niña como yo era capaz de imaginar, volúmenes que habían visto el ascenso y la caída de reyes, edificios derrumbarse y guerras que ya nadie recordaba. «Los libros perduran», decía mi padre. «Los libros perduran; nosotros, no».

El camino del taller del señor Caxton a mi casa era corto, apenas unas manzanas. Casi no tenía tiempo para mí misma y, a decir verdad, no estaba segura de cómo era mi vida cuando no tenía las manos llenas de tinta y estaba inmersa en cuadernillos y cubiertas.

Mi mundo era pequeño, confinado entre muros de piedra de los Cotswolds, prensado hasta ser fino como el papel. Me encantaba y, al mismo tiempo, sentía como si me rozara, así que, cuando me llegó la oportunidad de tirar abajo esos muros, la agarré con ambas manos y no me paré a pensar en las consecuencias. Porque mi inocencia me hizo preguntarme: «¿Qué peligro puede conllevar un libro?».

2.

Mi padre bajó las escaleras haciendo muchísimo ruido mientras yo me esforzaba por estirar los últimos minutos de sueño. El hombre había recibido un envío de obras de un librero que había quebrado. Cuando esto sucedía, los demás libreros de la ciudad y de los pueblos cercanos se lanzaban a las estanterías de la librería en cuestión en busca de un Donne perdido o de un volumen de Shakespeare bien encuadernado. Y, claro, mi padre no era la excepción. Se había acercado a San Aldates y había vuelto mientras yo dormía.

–La ginebra y la debilidad por los caballos no encajan bien con los libros –me dijo mi padre en cuanto bajé a la librería–. Antes de que la bebida lo reclamara, Forstatter tenía buen ojo. Dime, ¿qué valor tiene este lote?

Una prueba, como siempre. Con la vista aún borrosa por estar recién despertada, me arrodillé junto a los montones de libros que había preparado mi padre. Sabía muy bien cuál era su forma de hacer. Era un hombre quisquilloso, por lo que no podía evitar el orden e imaginaba que todos entenderían cómo había dispuesto los libros; como si su orden fuera la única manera natural de disponer el mundo. De hecho, hacía varios años pasó un fin de semana reorganizando las baldas y no por autor, que es lo habitual, sino por fecha de publicación. «Pero ¿cómo va a saber una señora que esté buscando un libro de cuentos infantiles el día en que se publicó?», le pregunté, a lo que me respondió: «Que me lo pregunte a mí, el librero, porque mi cometido es saberlo». La librería había estado así ordenada durante un mes, hasta que mi padre acabó cansándose de

las constantes preguntas y de la bajada de las ventas y volvió a ponerla como había estado siempre.

Miré los libros que tenía delante. En una pila, mi padre había puesto lo ordinario; las ediciones por las que sacaría unas cuantas libras por parte de alguien que estuviera empezando su colección de libros o de alguien que, sencillamente, quisiera una buena lectura. En otra había agrupado las obras teológicas de diferente categoría. Vi un Milton que estaba envuelto en una tela roja y en cuya portada había una representación del infierno del escritor. El encuadernador no había hecho bien su trabajo porque las rotulaciones y motivos decorativos no eran lo bastante profundos en algunos sitios y habían empezado a desconcharse. La portada me dejó claro que se trataba de una impresión moderna y, por lo tanto, no valía mucho. Miré a mi padre. Le brillaba la mirada como si pensara que iba a pillarme en algo así.

Pasé a la pila final. Allí estaban los libros más antiguos y raros, piedras angulares de cualquier colección que se precie: Shakespeare, Dryden, Keats, Shaw. Y allí estaba. Lo saqué de entre los demás, porque mi padre lo había escondido ligeramente para probarme bien, pero un simple vistazo a su encuadernación me dijo todo lo necesario.

–El progreso del peregrino –leí mientras pasaba la mano por la suave cubierta–. Encuadernado en piel de carnero, limpio, sin lágrimas ni decoloración.

–Un libro de los que hay a patadas, ¿no te parece? Todo el que tenga seis peniques debería hacerse con uno.

Lo abrí para ver la primera página.

–Es una primera edición, publicada por Nathaniel Ponder en 1678. Pero la prueba de mi padre aún no había acabado.

–¿Cómo sabes que es una primera edición?

–Porque solo es la primera parte de la historia. La segunda parte se publicó en 1684 y las dos primeras, juntas, al año siguiente, en 1685. A partir de entonces, todas las ediciones contienen las tres partes.

–Muy bien, Lilian –me felicitó mi padre mientras me cogía el li-

bro con sumo cuidado. Quería más a sus libros que a mí y yo hacía tiempo que había dejado de intentar competir con ellos.

Con el libro sujeto como sujetarías a un recién nacido, avanzó por entre las pilas de libros camino de su oficina.

–Espera –le dije–. Se te ha pasado uno.

Mi padre se volvió con el ceño fruncido.

–¿Que se me ha pasado uno?

Me acerqué a la pila de libros comunes, saqué uno y se lo entregué.

–De hecho, este es muy raro y valioso.

Mi padre comprobó el lomo y me lo devolvió.

–Te falla la vista. Ese libro no es sino una colección normalita de un poeta regular.

–Esta es la edición de 1810 del Poemas originales de Victor y Cazire de Percy Bysshe Shelley. Lo escribió con su hermana Elizabeth y lo publicó John Stockdale. La denunciaron porque incluía un poema de Matthew Gregory Lewis sin su permiso. Stockdale la retiró y el libro se publicó años más tarde en una edición revisada, pero este... –levanté el volumen fino y anodino– es uno de los poquísimos ejemplares que entró en circulación con el poema de Lewis. Es el libro más raro que hay en la colección de Forstatter, aunque dudo que el hombre supiera lo que tenía.

Mi padre cogió el volumen una vez más y lo inspeccionó con mayor detenimiento.

–Y ¿cómo sabes tú todo eso?

Como si tuviera que justificar la proveniencia de toda la información que él desconocía. No podía decirle que lo había leído en Notas sobre una colección de Walton porque mi padre consideraba que Walton era un farsante que inflaba el valor de las obras, así que le mentí. No era la primera vez que lo hacía y tampoco era aquella la más atroz de mis mentiras, pero, si era necesario que le mintiera para que apreciara mi valía, no pensaba dejar de hacerlo.

–Me lo explicó el señor Caxton. Resulta que encuadernó una edición para la biblioteca de un caballero hace dos décadas y el caballero en cuestión conocía a Stockdale.

–Hum –fue lo único que dijo mi padre, pero no discutió, porque si había alguien en quien él creía, era en el señor Caxton–. Stockdale era un pornógrafo. ¿Sabes que vendió un ejemplar de las memorias de Harriette Wilson el mes pasado por quinientas libras? Al parecer, era el que Stockdale envió al duque de Wellington con intención de chantajearlo.

–Yo habría pedido ochocientas.

Mi padre levantó la vista para mirarme. Era la primera vez que lo hacía en lo que iba de día.

–Y seguro que te habrías quedado con él.

Pero cogió el Shelley y lo cobijó junto al Bunyan en los brazos. Dos libros, papel encuadernado y piel, que valían más de lo que yo ganaba en un año, puede que de lo que ganaba en dos, si mi padre encontraba al comprador adecuado, aunque esos compradores escaseaban y, por lo tanto, esos libros podían tirarse meses en la oficina, puede que incluso años, antes de que apareciera uno que mi padre considerara adecuado.

Al igual que él tenía su rutina matutina, yo tenía la mía; una rutina que acometía sin necesidad de instrucción, porque no se necesita instrucción cuando uno repite tareas que lleva años haciendo. Así, catalogué el envío de Forstatter en el libro de registro, añadí precios estimados y los puse en baldas allí donde encontré espacio para ellos. En ocasiones me detenía para admirar algún volumen especialmente bien encuadernado o para lamentarme por malas encuadernaciones; pero, sobre todo, me detenía para olerlos, porque no hay nada como el olor de los libros para despertar el alma. El olor terroso, a veces dulce, del cuero de ternero..., la cola grasa sobre el papel..., la tinta... Cualquiera que ame los libros conoce ese olor; adora respirarlo. Es un perfume particular que te invade y permanece. Es el aroma de la imaginación, de la sabiduría que te espera entre las palabras.

Algunos de los libros más baratos, aunque populares, los dispuse en una mesa, a la vista de los transeúntes, pero los que tenían valor los guardé en vitrinas o donde nadie los viera. Mi padre escribiría a sus mejores clientes para comentarles que había adquirido un ejem-

plar de El progreso del peregrino o un Swift bien encuadernado y enseguida vendrían a verlos. En caso de que varios clientes quisieran alguno de los volúmenes, mi padre lo llevaría a la casa de subastas. No obstante, este tipo de ventas eran escasísimas y el coste de adquirir los libros en un primer momento, alto. Nadie que pretendiera ganar dinero se dedicaba a vender libros.

Todo coleccionista empieza su colección porque ama los libros, por un deseo de obtener conocimientos, pero todos ellos, a lo largo del curso de la vida, van disfrutando cada vez más de la caza. Ansían ser dueños de algo precioso y la notoriedad y admiración que provoca una buena colección. No creo que muchos lean los libros que adquieren, sino que los dejan en una balda y allí se quedan. Y ese es un triste destino para un libro, un objeto producido para darse a conocer.

–Tengo que irme –dije mientras me abotonaba la capa al cuello–. Pararé en el mercado cuando vuelva, que los armarios están vacíos. ¿Ya estás comiendo?

Mi padre estaba en la oficina y no oí a modo de respuesta sino un impaciente murmullo con el que me pedía que dejara de hacer ruido y me marchara. Era un hombre solitario, con el corazón roto para siempre por la pérdida de mi madre hacía casi quince años y que buscaba solaz en los libros. Mi madre había estado enferma, aunque me ocultó la gravedad de su dolencia hasta el final. Ambos lo hicieron. Cuando murió, mi padre se refugió en su trabajo y yo pasaba sola la mayor parte del tiempo. Si quería hablar su idioma, tenía que aprenderme aquellos libros, sus historias y el valor oculto que portaban. Y así lo hice, porque, de esa forma, su amor por los libros se convertiría en amor por mí. Soporté los juegos y las pruebas y conté las mentiras que fueron necesarias en busca de aquellos instantes fugaces en los que el hombre me miraba y no veía una sombra de mi madre o una molestia en su hogar.

Me despedí, aunque no me quedé esperando una respuesta. Salí de la librería y dejé que la puerta se cerrara, dudando de que mi padre se hubiera dado cuenta siquiera de que me había marchado.

Huyendo del frío, no tardé ni diez minutos en llegar al taller del señor Caxton. El hombre tenía la chimenea encendida y las contraventanas de las altas ventanas del taller abiertas para que entrase la luz de aquella mañana de invierno. Después de haber estado en los confines desprovistos de aire de la librería de mi padre, aquello era un refugio.

–Llega usted tarde, señorita Delaney –me dijo el señor Caxton sin levantar la vista de su labor.

–No es así y lo sabe. Por cierto, mi padre ha conseguido parte del inventario del señor Forstatter y he estado ayudándolo.

Entonces sí que levantó la vista.

–Y ¿ha conseguido el Bunyan?

Asentí y el hombre sonrió.

–Me alegro por él.

–También ha conseguido el Shelley de 1810, el del plagio, aunque no lo sabía. Le he dicho que fue usted quien me contó la historia de la edición retirada de boca de un conocido de Stockdale.

El hombre se recostó y me miró con gesto adusto:

–¿Me arrastra usted a una sucia mentira, mancillando así mi buen nombre?

–Así es, y no me cabe duda de que antes o después volveré a hacerlo.

El señor Caxton soltó una risotada y se quedó callado. Sentía que me miraba mientras me desabrochaba la capa y la colgaba en un gancho junto a la chimenea.

–Es una terrible ironía, aunque también resulta entretenido, que tenga usted que mentir para que la crea.

–Terrible.

–Su padre no tardará en darse cuenta de su valía. –Y me guiñó el ojo, gesto que acompañó de una sonrisa, algo que acostumbraba a hacer.

Algunos dirían que el señor Caxton tenía un comportamiento inapropiado y poco caballeroso, pero yo ya había conocido a algún que otro caballero y puedo asegurar que no eran ni la mitad de ca-

balleros que el señor Caxton. El corazón del hombre era el de un verdadero amante de los libros y no veía a los demás en función de su sexo o su posición, sino de las pasiones que pudieran compartir. Yo había nacido con el deseo de convertir algo que estuviera roto en algo bonito y el señor Caxton se había dado cuenta de ello desde el momento en que entré en su taller y me quedé boquiabierta y se me salieron los ojos de las cuencas ante las riquezas que allí había. Además de leer los libros, que no era sino la mitad del interés que tenía en ellos, aprendí a descomponerlos en pedazos, a conocer su anatomía. Descubrí lo que había por debajo de su encuadernación, como si fuera a encontrar un significado aún más profundo para las palabras estudiando sus huesos y volviendo a colocarlos en su sitio.

–He recibido una petición de lo más interesante –me comentó el señor Caxton al tiempo que me tendía una carta.

Era del doctor W. Ashburn, físico de duques y condes y un reconocido coleccionista de libros. El hombre había conseguido una serie de volúmenes en una subasta, no especialmente valiosos, pero curiosos, y había uno en concreto que quería que encuadernáramos para regalar.

–El doctor Ashburn vive cerca de Bath –dije–. ¿Por qué no contrata a alguno de los encuadernadores de allí?

–Siga leyendo.

Así lo hice... hasta que leí las palabras que pensaba que nunca leería.

–¿Quiere que sea yo quien lo encuaderne!?

El señor Caxton asintió.

–Debería sentirme menospreciado –dijo el hombre–, que llevo una década intentando entrar en la biblioteca de Ashburn. Ahora bien, no albergo malos sentimientos hacia usted.

–¡Qué magnánimo es, señor! –respondí sonriéndole tanto como el contenido de la carta hacía que sonriera por dentro.

–Su estrella está en alza, querida. Espero que sea capaz de estar a la altura. Parte usted hacia su mansión hoy mismo.

Parpadeé.

–¿Hoy mismo!?

–A la gente como Ashburn no le gusta esperar. Coja el tren. Yo me encargaré de informar a su padre. Ya he enviado un telegrama a casa del doctor para avisar de que va de inmediato.

–¿Y usted no viene? –De repente sentí miedo. Nunca había ido sola a visitar a un cliente.

–Soy viejo y estoy cansado. ¿Va a hacerme recorrer el país con el tiempo que tenemos? No, usted es más que capaz y me ha acompañado las veces suficientes para saber cómo se hace.

–Pero... –En efecto, había acompañado al señor Caxton a aquellas reuniones, había tomado notas y me había vuelto invisible a ojos de condes, reverendos y barones cuyas colecciones admirábamos. Había sido la secretaria, pero ahora era una encuadernadora por derecho propio..., aunque no tenía claro que estuviera tan preparada como yo creía.

El señor Caxton me cogió la mano. Su piel era suave y cálida como la vitela y tenía ya los dedos retorcidos después de pasar toda la vida cosiendo lomos. Su actitud juguetona había desaparecido y había hecho acto de presencia su naturaleza seria, algo que apenas había visto en un puñado de ocasiones durante mi periodo de aprendizaje.

–La duda no ha lugar. No puede uno dudar cuando encola el cuero al cartón; ha de hacerse con un movimiento firme y confiado, exactamente igual que en la vida.

Asentí, aunque no sentía firmeza ni confianza.

–Va a perder el tren –comentó el señor Caxton, que se dirigió al gancho en el que había colgado la capa hacía un rato y la descolgó.

Cogí mi cuaderno de notas, un lápiz y el catálogo de una subasta reciente para estar preparada en caso de que el doctor Ashburn quisiera poner a prueba mis conocimientos. Luego me puse la capa, me eché al hombro una de las carteras del señor Caxton y salí hacia la estación.